

Guaguancó en taxi

DÁMASO MURÚA

Con férrea intención, indestructible y muy acerada, ese día viernes contraté un taxi para que me llevara a la Colonia del Valle, a entrevistar al médico urólogo. Ya sé que estos galenos repudian la poesía y los olores de los buenos pasteles. Pero con la salud no se juega nunca. Posponiendo las auscultaciones que tanto le gustaban a Jorge Ibargüengoitia, cuando solicitaba becas para poder vivir, uno se puede petatear. Y aunque nos entierren con categoría y exequias publicadas en el *Reforma*, la muerte llegará empáreamos.

El chofer era sesentón, pero bien conservado. Tardó en decirme que él había sido cantante del Son Clave de Oro, que provocó furia bailadora en los siniestros cabaretes capitalinos. Allá por 1950 y cerca de los 60.

Como buen metiche, no dejó de preguntarme a qué iba a la calle de Pestalozzi. Y aprovechó para decirme, ipso facto, que él tenía veinte días de haber salido del Hospital General. Lo habían operado de un quiste en el riñón.

¿Y tan pronto anda sentado en el vocho manejando? No queda de otra mi jefe, nunca me casé y vivo solitario en una casa de Culhuacán, de las que hizo la CTM en los tiempos de Venus Rey.

—Entonces tiene que cuidarse mucho. Beber mucha agua con limón para que los riñones le duren, dije. Eso hago, mi jefe, pero también tomo agua de Palo Azul, un brebaje que venden en el Mercado de Sonora, allá por la Fray Servando.

¿Y tiene seguro social para que lo curen? Venus se ocupó de eso. Yo era cantante con El Caballero Cubano, Chucho

Rodríguez. Canté con todos sus músicos soneros; hasta yo era primera voz, de relevo.

—Qué lindos tiempos fueron esos, continuó el chofer.

En esos años, la Tenochtitlan tenía una vida nocturna igual a la de La Habana en Cuba. En la calle de Artículo 123, sonaban las armonías orquestiles del son cubano y había asesinatos semanales con navajas de barbero, que ahora están prohibidas en su venta.

Mujeres mulatas, un titipuchal. Las divinas sacerdotisas del sexo. Más famosas que la Casa Nipona de meretrices japonesas; y más que las mujeres francesas, expertas en el sexo oral que condenaban los curas por que eran pecadotes de excomunión. En el estadio de béisbol Delta, contaban en las tribunas, las hazañas sexuales del Orlando Leroux, cubano que jugaba con los Diablos Rojos, porque se había metido con cinco bichas con tacones, en una noche. También contaron del Camaleón García, el tercera base del Poza Rica, aquel equipo de Pepe Bache.

—A mí me tocó ver en el Bar León no sólo al Pepe Arévalo, sino el debut de Óscar de León; a la orquesta Manzanillo de Cuba, Peyo el Afrocán, El Son Catorce, cantar boleros a Tania Libertad y al gordo Garrido del son África, así como a Panchito Morales, quién ya se murió. A Jarrín, lo ví violinear el chachachá con su charanga y Cayito y su Combo, cantaron como dos años en el antro de las calles de Brasil.

El chofer dijo, “me acuerdo de todos ellos.”

—Se acuerda de aquella canción *Ya son las doce y no llega, me hará lo mismo que ayer, espera y espera y no viene, ya no la quiero ni ver...* le comenté.

El chofer continuó la letra de la canción y sonó como primera voz de gran señor del son. Qué ciudad ésta, tan linda.

—¿Y a Toña la Negra, no la recuerda? me preguntó..

—Como no, paisano. No ha habido nadie como ella. Ni Ellvira Ríos —quien hizo ruidos en Brasil y Argentina, en sus tiempos de los 40's. Mucho menos la Eugenia León, que anda queriendo suplirla estos tiempos como dama de noche. Porque esta leona, también canta bien.

Él, comentó enseguida: ¿y de las exóticas de quién se acuerda? Porque eran los mismos tiempos.

—Fueron mis tiempos del Tívoli y del Follies Bergere, así como del Blanquita. En 1949, ahí cantaban Maria Victoria y el ahora anciano Gualberto Castro, quien no se ha muerto. Nicolás Urrcelay, oliendo a cochinita pibil, porque era yucateco, no necesitaba decorado, le ponían una sábana negra atrás y cantaba todos los pasos dobles de Agustín Lara.



Margarita Cardaña

—De la Tongolele, nadie puede olvidarse todavía. Ni de la Kalantán, digo yo, porque era blanca como la nieve y maullaba cual gata caliente, era muy cachonda. Ni de la rubia Vel Chessy, gringota chichona, ni de la argentina stella Mary. Aunque tengo en mis recuerdos del disco duro, a la Milenoska y a la Sumuy Key, que la mataron por esos días.

—¿A poco también se acuerda del Fellove, el del Run Run?

—Cómo no, mano, una vez le hicieron un homenaje en el Cardini cabaret, y hasta vino Helena Burke, la cubana. Era muy amigo del Enano Tuntún, quien vivía lejos, según decían sus amantes con los ojos en blanco..

—¿De cuál casa de citas se acuerda más?, quiso proseguir la plática el chofer que ya tenía memoria comunal conmigo.

Uh, de muchas. En las lomas había La de la Llavita, pura vieja bilingüe y cara, de los dos lados... En Sonora 9, había hasta un mural de Siqueiros, *El Cuauhtémoc contra el Mito*, donde el *paseillo* de más de veinte mujeres, estaba cargado de lujuria y sensualidad. También en Casas Grandes, la de La Bandida, donde cantaba con guitarra Carlos Monsiváis. Al Marco Antonio Muñoz, lo vi en muchas casas. Hasta en aquella casa De Iván, donde servían de todo, pero por semanas: drogas, canto, mujeres, vinos y tequilas, así como mariscos para soportar las embriagueces descomunales. A veces, unos clientes terminaban la farra en el Tropicana de La Habana. ¿Cómo la ves?

—Ah, chispas, ésa no me la sabía, dijo Sabino el chafirete quien ya había agarrado vuelo con la charla y se habla olvidado de su riñón recién operado..

—Yo vi, le dije, con estos ojos pecadores, que el Arzobispo de la Catedral, se metía al Bar León, a las tres de la madrugada, a tocar las tumbas y la clave de ébano. No quería que lo vieran sus ayudantes quiénes eran unas monjas bellísimas pero de rompe y rasga. Después, las monjas, ficharon en el bar Puma, con mucho desparpajo.

—No, si la vida no es taruga.

—También me tocó ver a Agustín y María Félix, en sus barreras de sol. Entonces, uno de sol le gritó a la Doña: María, si querías ver cogidas te hubieras quedado en tu casa.

—Ya llegamos a Coyoacán, cuánto le debo, mi cuate.

Y suspendimos este pentateuco de la Cd. de México. Ojalá no le dé preocupaciones su riñón al chofer Sabino. 🐱

Mitín contra la muerte

en su propia casa

MARCOS WINOCUR

Doña NOOjos, cuando menos se la esperaba, visitó el hogar de mi amigo, llevándose a la hija de catorce años, por eso nos dirigíamos al cementerio. ¿Quiénes...? Pues, dos generaciones: los padres y los hijos. Unos más o menos sesentistas y nostálgicos, los otros, los compañeros de secundaria, las pupilas dilatadas: entonces doña NOOjos es más que un nombre inventado, ella frecuenta a los viejos pero no se olvida de los jóvenes.

Todos fuimos a dar el adiós. Todos fuimos, allá, entre las tumbas y las flores marchitas, rumbo al crematorio, todos fuimos a pedir perdón a la joven de catorce años. Perdón por no haber sabido cómo hacer de este planeta algo más habitable, algo más vivible, algo más digno del universo. Pero la reunión luctuosa tomó otro giro, acabó en protesta, sí, mitín contra la muerte, en su propia casa, en el cementerio.

Voy a decirles algo. El mundo se divide en dos: los de dentro que soy yo, y los de fuera que son todos los demás. ¿Ven lo que yo veo? Los de fuera han quitado la flor de la boca del fusil y ahora lo empuñan, apuntándome. También ese virus que mató a la joven en tres días, también pertenece a los de fuera y ahora, en lugar de la música que ella amaba, se desató el llanto. Y si la muerte de cualquiera resulta injusta porque siempre nos queda algo por hacer en el mundo de los vivos, ésta, la de una joven de catorce años, lucía infinitamente más injusta, una violación a la regla del abuelo de los historiadores, el griego Herodoto: en la paz los hijos entierran a sus padres, en la guerra los padres entierran a sus hijos.

¿O en realidad estamos viviendo tiempos de guerra y no nos hemos dado cuenta?

No sé, pero allí, en el cementerio, ante el enemigo común, nadie de nosotros quedó fuera. Las dos generaciones fuimos multitud, era la comunión de quienes habíamos pasado de la resignación a la protesta contra la muerte. Debo consignar un hecho, a riesgo que el lector piense: este mitín carece de espontaneidad, seguro ya fue copado por organizaciones políticas. Lo cierto es que a la entrada, los Grupos de Acción Utópica se habían puesto a repartir volantes agitando los lemas de “¡Muerte a la muerte!” y de “¡Nunca más la muerte!” Pero la gente poco caso les hizo, ocupado cada uno en encontrar un lugar en el camino del cortejo.

Y así, bajo el sol blanco de calcinante, dos filas desde la puerta del cementerio al edificio de cremación, y entre ellas pasó el cortejo. Al llegar a destino, hubo un grito, como si el dolor se reabriera ante una segunda muerte. Habíamos acompañado a la joven en el velatorio considerándola dormida, tal vez enferma, de ahí su palidez, y hablado en voz baja para no despertarla; y ahora, su cuerpo, sus venas y médula ¡al fuego! La muerte recobraba lo suyo por segunda y definitiva vez. Fue cuando un grito voló por encima de las cabezas, y nos preguntamos:

—¿Quién? ¿Es la madre, el padre, son los dos, también la hermana?

Alguna vez los hijos fueron el bien y nosotros, necios, seguimos sintiéndolo así, claro, nosotros, los venidos de los viejos y extinguidos Clubes de Alucinados, promociones sesenta y setenta, huérfanos después del gran derrumbe. Y por otro lado, no nos llevamos del todo bien con Dios. ¿A quién, entonces, a quién aferrarnos sino a los hijos?

Y así, con la joven de catorce años, cada uno sintió ese mediodía su propia muerte, llorábamos por ella y por nosotros, la condición humana en entredicho: somos mortales y frágiles, un virus, a pesar de toda la ciencia, puede apagar la música y desatar el llanto. Un fusil cuya boca ya no sea cubierta por la flor, puede herimos. Y además, en las fugaces vidas que nos han tocado a cada uno, las cosas, digo, no nos han salido bien, nada bien.

Y lo sentimos así: cada fracaso es una pequeña muerte y la muerte es El Gran Fracaso, El Gran Fracaso Final, así lo sentimos.

Y más aquel día en el cementerio cuando el grito vino a calcinarnos como el sol y como éste a darnos en los ojos. Y bajamos las cabezas. Y espantados nos abrazamos a los hijos, a la pareja, a los amigos. Y con el contacto de los cuerpos recobramos la fuerza. Y levantamos las cabezas y el sol nos dio en los ojos. Y todos éramos multitud, la protesta, como pasando de un sueño a otro: allá arriba, trepado al edificio de cremación, alguien se dirigía a nosotros, era un joven valido de un megáfono, su voz rebotaba entre las tumbas.

–Compañeros –Oh, cuánto hacía que no escuchaba esa palabra–, por favor, guarden silencio.

Los murmullos cesaron, todos dirigimos las miradas hacia el orador.

–Nos hemos decidido a hacer un mitin contra la muerte, contra doña NOOjos –dijo– cansados de sus arbitrariedades, ella es una caprichuda, les voy a leer una proclama de los Grupos de Acción Utópica: “Compañeros ¿sabían ustedes que las carpas, esos peces idiotas, viven vigorosas más de doscien-

tos años mientras que el hombre, vanguardia de la evolución, muere mucho antes? ¿Que la cocodrila sigue poniendo huevos a los trescientos...? Y bien, compañeros: ¿vamos a continuar permitiendo esas injusticias? ¡Claro que no, compañeros, vamos a cambiar ese absurdo plan de Mamacita Naturaleza y, para dejarnos de medias tintas y asumir una posición revolucionaria, decretamos la inmortalidad! ¡Nunca más la muerte! Sí, compañeros, seremos como dioses. Y los cementerios serán cosa del pasado, todo convertido en parque de eterno verde.

¡Inmortalidad o muerte! ¡Venceremos!”

Leída la proclama, bajó el orador sin mediar más palabra, había concluido el mitin en el cementerio, lentamente nos fuimos retirando tomados de la mano, de la cintura, de los hombros. Viejas fraternidades despertaban y nadie quería quedarse a solas porque doña NOOjos iría de ronda por su cabeza. 🐉

marcoswinocur@yahoo.com.mx



Contreras

La cama

MARCELA DEL RÍO

Cada vez que pasaba frente al aparador de la mueblería de viejo, no de antigüedades, lo que era evidente por los precios, veía la cama con dosel de tubos dorados, un poco abollados, es cierto, pero aún reluctantes, y seguía juntando dinero de centavo en centavo, lavando ajeno a escondidas del marido, que nunca había querido que ella trabajara ¡ese buen hombre que un día se quedó dormido frente a la maquiladora y en el chiste perdió cinco dedos, dos de una mano, tres de la otra!

En esa cama, su marido sí podría dormir bien, no volvería a quedarse dormido trabajando.

Esperanza soñaba despierta frente al aparador: lo primero sería pasar a los dos niños chiquitos a la otra pieza; total, su suegra podría soportar otros dos niños en su habitación, ¡su...! De todos modos, cuando se dormía no había poder humano que la despertara. Vieja, vieja asoleada, asolada, se pasaba el día en los lavaderos de la vecindad. ¿Lavando? No, en el puro guiri guiri, mientras ella, Esperanza, Pelancha, Lancha, la ancha, se tallaba los lomos sin hablar, que si la comida de los chamacos, que si el lunch del marido, que si la planchada, que si la jalada, que si el mandado, y de las tareas de los hijos, ni hablar, no entendía nada de lo que la reinita le enseñaba en sus cuadernos, eso de la raíz cuadrada en sus tiempos ni se fumaba, además, ¿en qué escuela? si desde chica tuvo que trabajar, claro que no era cosa de quejarse, su vida no era triste ¡que va!, estaba alegrada todo el día con la

gritería de los escuincles, no de los suyos, que esos sólo daban guerra de noche, cuando se metían a la casa, sino de todos los de la vecindad. Y seguía contando los ahorros. El día que comprara la cama tomaría providencias para que la suegra recibiera en su cuarto otra ración de chamacos, ya eran tres los que dormían con ella, ¡qué más le daba tener cinco! Al fin ya habían crecido, cuando eran bebés ni modo, pero ahora, los gemelos ya tenían dos años era el momento de que pasaran al otro cuarto, como siempre lo hicieron sus hermanos mayores, desde la primera, reinita, que a los dos años se pasó a dormir con su abuelita, ahora, ella y su marido volverían a gozar de su soledad a dúo, como en los primeros nueve meses de cuando se casaron, bueno de cuando comenzaron la vida juntos, sería como una luna de miel.

¡La cama con dosel!

La cama no era sólo un anhelo, era la solución a todos sus problemas. Y contaba, contaba los ahorros día tras día, hora tras hora.

Por fin, un día apretó los billetes contra el pecho: la suma estaba completa.

Al salir de la vecindad, la suegra le preguntó adónde iba con ese dinero en la mano. Esperanza le dirigió una mirada difusa y respondió algo incomprensible, la suegra creyó entender que decía "voy en busca de mi luna," pero eso no podía ser, ¿para qué iba a querer un espejo? Achacó el equívoco a su sordera y vio partir a la nuera mientras se encaminaba a los lavaderos.

Esperanza llegó a la mueblería de muebles usados con el rostro enrojecido. La emoción, saltimbanqui en su corazón, la sacudía; los nervios se la hacían bola en el estómago y sentía

una humedad diáfana en la piel, como de mar caliente, salado, veracruzano.

-¿Está segura de que es ésta la cama que quiere?

-Sí, sí.

-Le advierto que si luego se arrepiente y me la vuelve a traer, sólo le devolverá la mitad de su precio.

-¿Por qué dice eso?

-Porque van tres veces que vuelve a dar aquí.

-Pues ésa es la que quiero y no otra.

-Bueno, para mí es lo mismo.

El hombre alzó los hombros, tomó el dinero con sus manos completas, regordetas, tan opuestas a las de su marido: lo metió meticulosamente acomodado en la caja, le dio una notita pequeña en que apenas se distinguían las letras y los números y le dijo que podía llevarse la cama. ¿Iba a llevársela en una camioneta? En la esquina de Tlalpan había un servicio de carga.

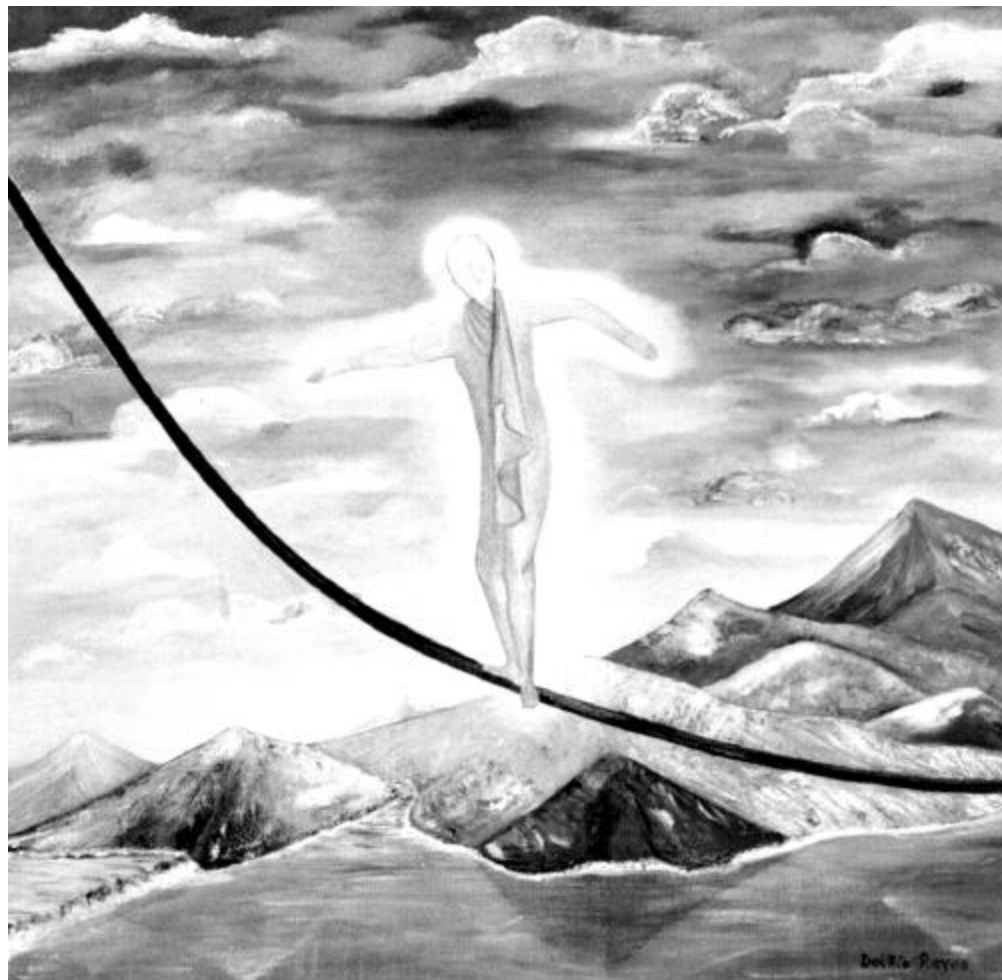
Esperanza meneó la cabeza, no no, no se atrevió a confesarle que no había pensado en eso: un servicio de carga costaría dinero, y después de pagar la cama no le quedaba ni un quinto, pero ella no podría cargar sola la cama; sin embargo, sintió por primera vez el alivio de que la cama ya estaba segura, nadie podría llevársela de la tienda porque ya estaba pagada, su dinero metido en la caja registradora para siempre, era una garantía de propiedad. Por primera vez también sintió que algo le pertenecía por entero, era su lujo, su riqueza, su patrimonio. Sonrió al ex-dueño de su cama y preguntó a quemarropa:

-¿El dosel se desarma?

El hombre dudó.

-Podemos ensayar, no sé, cuando la trajo la viuda venía entera, metida en un camión de mudanzas grande, de esos de Castelán, usted sabe...

Esperanza sintió un temblor pasajero, eso de "la viuda" quizá quería decir que el marido de esa viuda había muerto en



Marcela del Río

“su” cama, ¿su cama de quién: del marido o de ella, de Esperanza que acaba de adquirirla? y que ésa era la razón por la que se hallaba ahora en la mueblería de viejo..., en fin, quién podía asegurar nada, lo mejor era no preguntar.

Llegar a su casa, llamar a la chiquillada y llevársela a la mueblería, desarmar la cama y arrear con todos los fragmentos como si fueran piezas de un extraño rompecabezas fue una secuencia tan rápida como espectacular. Gritería. En la vecindad, las vecinas armaban borlote, los pequeños golpeaban en los tubos dorados de metal viejo, pero con ínfulas de aristocracia que no se deja vencer, aumentando el alboroto.

Esa misma tarde salió la cuna y el catre de los gemelos para la habitación de la abuela que con tamaños ojos veía los sucesos. Se decidió que ya estaban lo suficientemente grandecitos como para no necesitar cuna, así que cuna y catre fueron cambiados con una vecina por un par de literas medio desvencijadas, pero aún suficientemente sólidas para soportar el peso ligero de los gemelos.

Había que apurarse a darle la sorpresa a Reynaldo. Esperanza corría de un lado a otro, cometa de larga cauda: la chiquillería detrás de ella, llevando y trayendo piezas de camas, tambores, almohadas de borra, porque nunca había tenido dinero para una de pluma, ni siquiera de gallina, ya no se diga de ganso, siempre ante los ojos azorados y las manos inactivas de la suegra, que veía el ir y venir sin comprender nada, pues hasta entonces, los bebés salían del cuarto de los padres sólo cuando se acercaba un nuevo parto, y ahora, en cambio, la nueva no le había dicho que estuviera embarazada otra vez ¿lo estaría? En todo caso, faltarían muchos meses para el alumbramiento, según se daba cuenta por su nada abultado vientre, y mientras pensaba, Esperanza seguía con su actividad compulsiva, envuelta en su cauda de gritos, risas y empujones.

Cuando todo estuvo armado, Esperanza cerró la puerta tras de sí, dejando abandonado el bullicio a su propia extinción. Se quedó viendo la cama ahí, en su habitación, como lo hacía tras el cristal del aparador, casi sin poder creer que ahora era suya, que estaba en su cuarto; cuarto que desde ese momento le pareció diferente, misterioso, transformado. Las estructuras tubulares resplandecían y daban sombras en la pared de mágica geometría. Su cuarto se había convertido en una bola de cristal y ella estaba dentro, como si el mundo del exterior hubiera dejado de existir.

Afuera, los chiquillos esperaron un buen rato frente a la puerta a que Esperanza saliera con los dulces prometidos, hasta que decepcionados o aburridos se fueron yendo unos a jugar como siempre a la calle amiga, otros a pedirle a su madre un dulce para colmar la ilusión despertada. Nadie advirtió en la vecindad el azoro en el rostro de Esperanza cuando, al fin, salió de la habitación.

¿Les diría a las vecinas lo que acababa de descubrir? La creerían loca o ¿es que verdaderamente estaría volviéndose loca? ¿Se lo diría a Reynaldo? o ¿esperaría a que él lo descubriera solo? Sí, era lo mejor, así comprobaría que no estaba volviéndose loca. Si él no decía nada mañana, después de dormir en la cama, ella callaría para siempre. Además, ahora no estaba tan segura de lo que había visto, lo que debió de pasar fue, seguramente, que al acostarse en la cama el cansancio la hizo quedarse dormida, sí, eso era, se había quedado dormida y todo fue un sueño. Se sintió más tranquila y se fue a los lavaderos, allí, la realidad la envolvió y pudo sentirse segura de sí misma ¡qué tontería! ¡Pensar que por un momento creyó estar volviéndose loca!

La tarde se agrisó, la llegada de Reynaldo la sorprendió todavía en los lavaderos, entonces se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día, con el ajetreo se había olvidado de todo, hasta de preparar la cena, haría huevos con jitomate y chile, que tanto le gustaban a Reynaldo; hay frijoles de ayer.

Reynaldo abrió la puerta del cuarto y la cerró de nuevo bruscamente, ¿se había equivocado de casa? Esperanza llegando en ese momento, el hijo mayor le avisó que su papá ya había llegado. Esperanza sonrió con embarazo, ahora no estaba muy segura de haber hecho bien en hacer esa locura, ¡comprar una cama así, con dosel y tubos dorados! ¡Como si él fuera un rey y ella una princesa! ¿Cómo se le había ocurrido semejante idea? Esperaba las palabras de Reynaldo, estaba preparada para el regaderazo frío de la recriminación, y sobre todo ¿de dónde había sacado el dinero?

—Ah, estás aquí, pensé que me había metido en otra casa.

—Verás, estaba en barata y pensé que ya era hora de que tuviéramos un poco de reposo por las noches...

—¿Y los gemelos?

—Con tu madre; ven, mira, les compré unas literas.

¿Por qué dijo “compré” en lugar de “cambié”? Salían de su boca palabras que no sabía de dónde provenían, lo de la barata tampoco era verdad, pero la ayudaba a justificarse; sin embargo, Reynaldo no preguntaba sobre el dinero, veía todo y lo aceptaba sin más.

–Tengo hambre.

Fue el punto final de la conversación. Esperanza, contenta, quiso seguir justificando su compra, como si un jurado secreto la acusara de haber cometido un delito.

–Ahora dormirás bien por las noches y...

–Bueno, ¿qué hay de cenar?

Esperanza corrió a la cocina, llamó a Miguel y le dijo que fuera a pedirle a la marchanta de la miscelánea unos jitomates, mañana se los pagaría. El muchacho hizo un gesto malhumorado ¿por qué no va la Reina? Usté obedezca, y Esperanza le soltó un manazo que él esquivó echando a correr. Acabada la cena comenzó el diario ritual de acostar a los niños, ahora más complicado por ser la primera vez que iban a ocupar las literas. Los mayores se peleaban por la cama de arriba, y los gemelos lloraban de sueño; finalmente, terminaron por hacer un trato, usarían las literas por turno, una semana Reina, otra Miguel y otra Julián. La Reina, por principio caballeresco, tenía el privilegio de comenzar el turno. Cuando estuvieron de acuerdo, Reina se subió a la litera con aires de majestad. Esperanza le preguntó a la suegra si estaba cómoda, más por compromiso que por gentileza, y la respuesta fue un gesto ambiguo, antes de volverse hacia la pared.

Cuando Esperanza entró en su habitación, “su” de ella y de Reynaldo, por primera vez después de doce años, la edad que habría tenido reycito, él tenía los ojos cerrados, ¿estaría dormido? o había cerrado los ojos sólo para ocultar ese embarazo que también ella sentía de hallarse a solas con él. Hoy no tendría que acabar de desvestirse abajo de las cobijas, podría hacerlo ahí, de pie, frente a su marido, y él, pensando en su pudor, para ayudarla, cerraba los ojos. Sintió un escalofrío al sentarse en el borde de la cama, recordó su experiencia de la tarde, alzó los ojos y atisbó con temor el interior del dosel: lo vio reluciente, claro, de la delgada plancha metálica inofensiva en su lisura. No había duda, todo había sido un sueño. Se tranquilizó. Se volvió y vio a Reynaldo, ¡cuantos años de dormir juntos sin verse, sólo tocándose secretamente como si fuera

pecado!; sin embargo, se habían casado como Dios manda, antes de que naciera reycito, y no sólo por la iglesia, hasta por lo civil, con un juez y todo, y el padre que los bendijo les habló muy bonito, de cómo la mujer debía servir al hombre como su señor, y eso había hecho ella siempre, no tenía nada que reprocharse, había sido buena esposa, y le había dado seis hijos, sólo uno se les había muerto en una de malas, por lo menos no había sido la Reina, pues era la única mujercita, aunque a los dos les dio la difteria al mismo tiempo, eran los dos únicos entonces. Pasó la mano sobre la cabeza de Reynaldo, él se estremeció, lo adivinó ella más que lo sintió, pero él no abrió los ojos. Acabó de desvestirse y así, desnuda, como tanto había soñado estar sin tener que ocultarse de los ojos de alguno de sus hijos, se acostó junto a Reynaldo. Hicieron el amor con la paz que dan trece años de matrimonio, pero con un aliento de independencia casi desconocido. Presintió entonces que el placer del amor no es privilegio de los ricos, ¡pero cuánto más cómodo era en una buena cama! Creyó estar comenzando a dormirse, cuando sintió calor y una necesidad imperativa de abrir los ojos. Se resistió, sabía lo que venía, y no quería que volviera a ocurrir, apretó los párpados, los apretó hasta que solos, en contra de su voluntad, se le abrieron los ojos y ya no pudo quitar la vista del interior del dosel. Allí estaban otra vez, como en la tarde, las figuras moviéndose, sus sueños, como pinturas al óleo, de ésas que se ven en los museos, desfilaban, uno tras otro, uno tras otro, en una caravana interminable.

A las cinco de la mañana no pudo más, saltó de la cama, se vistió y se metió a la cocina a preparar el desayuno y el lunch de su marido y de los niños que a las ocho tenían que estar en la escuela. El entrar Reynaldo en la cocina, Esperanza le buscó la mirada.

–¿Dormiste bien?

–Sí.

–Anoche después de... ¿no sentiste que me levanté?

–No, estaba muy cansado.

–Sí, sí, claro, pero quería saber si... dormiste bien en la cama nueva...

–Sí, mujer, ya te dije que sí.

Esperanza se estremeció, era obvio que él no había visto sus sueños en el dosel, que él no había sentido esa imperiosa necesidad de abrir los ojos, quería decir que sólo ella tenía

esas visiones. ¿Sería verdad, entonces, que se estaba volviendo loca? Ella había conocido a una señora que empezó viendo a su abuela sentada en una silla del comedor todas las noches, luego comenzó a hablar con ella, hasta que se la llevaron a La Castañeda,” no la volvió a ver. Si las imágenes que veía eran reales, ¿por qué no las había visto su marido? O sería que se quedó dormido antes de ver algo y por eso no se dio cuenta. ¡Le gustaría tanto que fueran reales y poder comentar con sus vecinas ese desfilarse insólito de sus sueños sobre el espejo dorado del dosel! Pero comentarlo podría hacerla acabar en el manicomio. ¿Por qué su marido no había visto nada? Esperaría a esa noche para ver si a él también le sucedía.

Reynaldo acabó su desayuno, le dio un beso como todas las mañanas y salió con su lonchera bajo el brazo, como todas las mañanas.

Todo el día anduvo con sueño; en realidad no había dormido, se pasó la noche viendo el desfilarse de cuadros con las visiones de sus sueños, pero, entonces, ¿cuáles sueños?, ¿si estaba despierta! Era todo tan confuso y extraño. Más extraño fue para su suegra verla hacer lo que nunca hacía: irse a acostar a media tarde, para dormir una siesta. Al entrar en la habitación cerró la puerta, como había hecho el día anterior y observó la cama, como el día anterior: su hermoso dosel resplandeciente, su tubería de latón pulido llamándola a costarse. No pudo resistir la tentación. Lo hizo. Apretó los ojos, los apretó hasta que una vez más se le abrieron solos y su mirada se fijó, nuevamente, en el interior del dosel: el espejo de latón se convertía, otra vez, en una pantalla insólita donde su sueño tomaba vida y una tras otra, las imágenes se sucedían sin parar. Cuando llegó Reynaldo, la cena no estaba lista, según su madre, Esperanza debía estar enferma, pues nunca se acostaba a dormir de día. Reynaldo entró en la recámara. Esperanza se volvió y lo vio asombrada.

-¿Te sientes mal?

-No, no, es que creo que me quedé dormida.

¿Por qué mentía? Si sabía bien que no estaba durmiendo. ¿Cómo había pasado tan pronto el tiempo? ¿Y la cena?

-No te preocupes, algo habrá del mediodía.

Esperanza tuvo la extraña sensación de que la realidad se le desvanecía, tuvo que levantarse de la cama y escapar del

espacio adoselado para rescatar la realidad. Hasta entonces pudo pensar claramente en la cena. Sí, sí, quedó arroz, frijoles y picadillo.

-Tienes los ojos enrojecidos, como si no hubieras dormido. ¿De veras te sientes bien?

-Sí, sí, no te preocupes, estoy perfectamente.

¿Cómo decirle a su marido que no había pegado un ojo en veinticuatro horas, si la acababa de sorprender en la cama? Pero ésa era la verdad. Y tenía sueño, se moría de sueño. Llamó a la reinita y a Miguel que se habían ido a ver televisión con una de las vecinas. Después de la cena entró con temor en la recámara; esa noche le pidió a su suegra que ella acostara a los chicos, no tenía más fuerzas, necesitaba dormir, dormir. Se acostó sin esperar a que Reynaldo acabara de lavarse los dientes y apretó los ojos, los apretó, apenas sintió que su marido se acostaba, empezó a perder el control sobre sus ojos, luchó con todas sus fuerzas por mantenerlos cerrados, de nada le valió, en unos minutos los ojos estaban abiertos, abiertos a los sueños del dosel, abiertos sin remedio, como lo estarían al día siguiente casi todo el día que permaneció allí encerrada, según su suegra, dormida, flojeando; según sus vecinas, enferma, como lo estaría la siguiente noche y el siguiente día con su noche, sin atreverse a despertar a su marido para que le dijera si también él veía sus sueños, o si no veía nada.

Reynaldo comenzó a preocuparse, llamó a un doctor, pero el doctor no pudo sacarle una sola palabra. Ella decía que estaba bien, perfectamente bien, a pesar de que a todas luces se demacraba más de día en día. Al quinto día no se levantó siquiera en la mañana, las vecinas entraron a verla y ella no pudo siquiera responder. Reynaldo no fue a trabajar y el médico aconsejó que llamaran a la ambulancia. Esperanza no respondía a las preguntas, sólo estaba allí, con los ojos abiertos, fijos sobre la plancha interior del dosel de la cama, fijos y abiertos, sin poder decir a su marido, a las vecinas que se moría de sueño, que se moría...

Cuando el hombre de la mueblería vio llegar a Reynaldo con corbata negra, llevando la cama toda desarmada, no se extrañó, era un hecho que para él no tenía nada de insólito. 🐾

Innamoramento

ULISES VELÁZQUEZ

Desde esta orilla del océano,
una paloma inicia su itinerario,
a la búsqueda de un horizonte
sin exageraciones ni acechanzas.

Mientras vuela
quizás cambiase de trayectoria,
mas el sincero amanecer
confirmará su viaje
hacia paisajes inventados
con la sonrisa marina
que tildará de preocupación
cualquier intento de naufragio.

(Esta paloma no conoce los atardeceres;
de hacerlo, perdería la brújula
y su fugaz equipaje de sueños
se tornará en desastre y fatal pesadilla.)

Ya en tierra firme,
disfrutará gustosa del día
que la vio llegar,
porque nunca olvidará

los parajes que la acogieron
a la vera del cielo
donde, prístina y franca, se inscribió.

Juega con la geografía ilerdense
donde se divisa el tiempo
mientras el delirante pincel de Dalí
estalla de precipitados colores
su vuelo solar y peregrino.

En otros lares, otras aguas,
su corazón -pleno de *innamoramento*-
trazó el mapa de su vida,
dejando sin palabras
a sus diamantinas pasiones.

Mientras otras de su especie
viven su monotonía de parques,
ella confecciona con mil escalas
el manto protector de su viaje.

Soñadora al fin,
la paloma sólo espera el momento
para volar subrepticia hacia el amanecer
que la tejió de esperanzas y de alegría. 🐦

Poemas

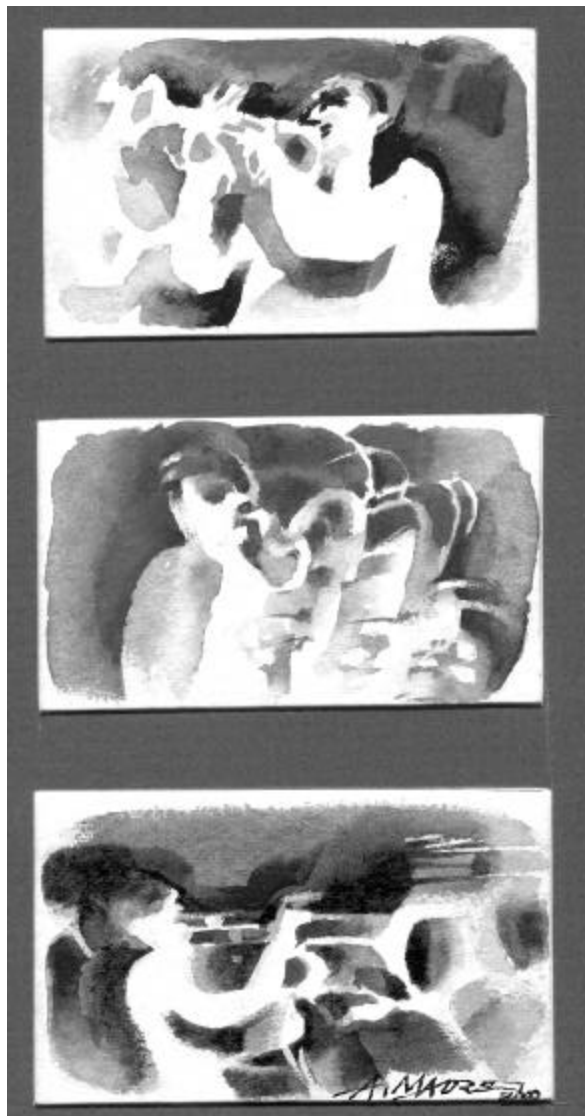
ANTONIO LUNA

Salomón el sabio
Ni morenas
ni blancas
porque así como está el día
está la noche
séase la piel blanca
y el cabello negrísimo
por añadidura
todos los hombres grises
serán desterrados.

Las fronteras en tu cabeza
necesitan un buen graffiti
La gran muralla china
el muro de Berlín
y el muro de los lamentos
-en especial aquella pared de enfrente-
están esperando un buen graffiti
tú sabes de cuales
la inconformidad y los colores
no pasan de moda.

El poder de las cosas invisibles
Hay palabras como:
Resplandor

Lluvia
Oso
las cuales se definen a sí mismas
la palabra resplandor florece
la palabra lluvia cae y humedece
oso parece abrazar
pero también existen palabras como:
extraño
exhumar
expresidente
que parecen sacadas
de un vaso vacío
de un sueño
inconcluso. ❧



Ángel Mauro